

REFLEXIONES SOBRE EL VIEJO Y EL NUEVO MILENIO

Por el académico DR. JORGE A. AJA ESPIL

L'Académie de Sciences Morales et Politiques de Francia resolvió celebrar el advenimiento del año 2000 y sumarse a las ceremonias programadas para el “bimillenaire”. Fue el académico Emmanuel Le Roy Ladurie quien inició el programa con una comunicación que tituló “L'An 2000. Points de vue d'un historien”. Su exposición tuvo tres enfoques:

- 1) El año 1000, prelude indispensable del año 2000.
- 2) Una reflexión sobre el milenarismo.
- 3) El año 2000 como objeto de la prospectiva.

Me ha parecido que nuestra Academia no debía silenciar su presencia en esta voltereta del tiempo. Debo reconocer que pensar en términos de milenios resulta, cuanto menos, un muy difícil manejo de los tiempos, del que sólo se salvan los astrónomos y los geólogos que logran familiarizarse con la magnitud de los años luz, o con la formación de la tierra, que es algo así como transitar 2000 millones de años atrás.

El calendario

El tema del milenio nos transporta, de entrada, a un debate que pone en juego al propio calendario. Los hechos siempre están ubicados, en el tiempo, delante o detrás de otro. Cuando el hombre primitivo es reemplazado por el hombre civilizado, y esto se produjo a orillas del río Nilo -endiosado por los egipcios- aquel necesitó de un método para contar el tiempo. Con el movimiento de la luna, en su nacer y morir cada 30 días, nacieron los meses; con el agricultor primitivo echando mano de la marcha del sol y su curso con relación a la tierra a lo largo de las cuatro estaciones, nace en el antiquísimo año 4241 antes de Cristo, el primer calendario de 12 meses de 30 días cada uno, con unos cinco días festivos -ajenos a los 30 días del mes- pero que completaban los 365 días. Julio César introdujo este sistema en Occidente en el 46 antes de Cristo, y pasó a llamarse calendario Juliano, encadenando el tiempo en un año civil de 365 días con un año bisiesto cada cuatro años. El calendario se convierte así, en el primer evento del mundo que llega a nuestros días aunque, paradójicamente, viviendo a destiempo, ya que la duración de año a año es variable en 26 segundos.

La era cristiana

Bien entrado el siglo VI se produce un florecimiento de la Iglesia -conocido como el Renacimiento Gelasiano- tiempo en el que brilló el célebre monje escita Dionisio el Exiguo, quien introdujo la “era cristiana” como sistema de cómputo temporal. En efecto, corrigiendo las innovaciones de Diocleciano (285-305) aquel fijó su inicio con la encarnación de Cristo, o sea el “anno domini”, que correspondía al año I.

Por entonces sólo se utilizaban los números romanos, o sea los que se expresan con letras del alfabeto latino y donde no tenía cabida el aún desconocido cero indoarábigo. Dionisio

dividió el tiempo externo cronológico entre el año I antes de Cristo, con sentido regresivo, y el año I después de Cristo, con criterio progresivo. Fue así que los siglos comenzaron a calcularse a partir del año I d. C. y que al arribar al cardinal cien se inicia el tránsito del siglo II.

El calendario gregoriano

En el siglo XVI se advierte que el equinoccio -o sea el momento en que el sol se encuentra más alto en el cielo- no calzaba con el calendario vigente. Una bula de Gregorio XIII, del año 1582, que agregó 10 días más al entonces vigente, corrigió el régimen de los años bisiestos. Si bien astronómicamente tiene un valor casi absoluto, históricamente no, ya que los sucesos notables no repiten con la misma regularidad que el curso de los astros o de los días santos del calendario.

No todos opinan que el nuevo milenio tendrá inicio el próximo 1º de enero. El físico argentino Mario Bunge sostiene que sólo comenzará en el 2001, porque contamos la era vulgar a partir del año 1, no del año 0. Empero, los que siguen las enseñanzas de Dionisio y entre ellos la propia iglesia, parten del año 2000 y no del 2001, para marcar la llegada del próximo milenio. Juan Pablo II en la Carta Apostólica “Tertio Milennio Adveniente”, de 1994, resuelve celebrar “los dos mil años del nacimiento de Cristo” arrancando con la Navidad de 1999.

Tengo para mí que si un año es mucho en la vida de un hombre, en el milenio es sólo una pequeña fracción de tiempo. En este sentido la Iglesia Católica ha encontrado una solución coherente: con el Gran Jubileo del año 2000 celebrará el nacimiento de Jesús, o sea el Año Santo. Como nuestra era

cristiana se inició en el año 1 de la nomenclatura romana, la Iglesia nos introducirá en el Gran Jubileo bimilenario del nacimiento de Cristo en la Nochebuena de 1999. Tal es lo que dicta el calendario santo y la celebración se extenderá durante el 2000, para concluir el 6 de enero del año 2001 conmemorando el viaje de unos magos de Oriente guardianes del lenguaje de las estrellas. Lo histórico y lo sobrenatural se entrelazan en el pórtico del tercer milenio. Hay quienes defienden, con mejor aritmética, la idea de esperar hasta el 2001, para palpar realmente al nuevo milenio. Lo cierto es que el año 2000 es una fecha emblemática que traza una línea divisoria en el tiempo; es una cifra redonda ubicada en el umbral del porvenir.

La verdad es que -como lo recuerda Henri Focillon, notable estudioso de las creencias milenaristas, que vivió en la primera mitad de nuestro siglo- la tradición universal ha consagrado las décadas, centurias y el milenio, números cardinales en donde el cero ejerce una curiosa fascinación en la población, sea como angustia sea como esperanza.

Las creencias milenaristas

Para el milenarismo un "millenium" es como un observatorio desde el que se domina una dilatada región histórica. Tal la tesis del citado Focillon, en su clásica obra *El Año Mil* sobre las creencias milenaristas, quien afirma que en dicho año llega el hombre de Occidente al colmo de las desventuras que lo habían perseguido durante el siglo X. Para él, las ondas de la fe religiosa o de la fe revolucionaria que actúan sobre la vasta región de los instintos -es decir los fenómenos de la psicología colectiva- ponen en marcha no al individuo sino a las multitudes.

Dentro de las creencias milenaristas, los temores apocalípticos, o sea la idea del fin del mundo, aparecen en todos los pueblos antiguos como un elemento fundamental de su

religión, lo mismo que la idea de la resurrección gloriosa. Según el milenarismo cristiano, Cristo debe gobernar el mundo durante un millenium. Es en el Apocalipsis (16:16) donde se anuncia que en el campo de batalla Armagedón, en las puertas de Jerusalén, tendrá lugar el choque milenario y final entre el Bien y el Mal. Se cree que Juan el Evangelista, presunto autor del Apocalipsis, tenía en mente a Roma al mencionar al imperio del mal. El Apocalipsis de San Juan -profecía que echó a rodar el santo en el año 100- dice: "Mucho sufrimiento llegará al mundo antes que Cristo en persona regrese para derrotar a su adversario humano, el Anticristo... Cristo establecerá entonces un reino milenario para los justos".

Como se aprecia, el Apocalipsis de San Juan -extraño testimonio de la supervivencia del pensamiento judío en los cristianos- es categórico: el reino mesiánico debe durar mil años. Pero este milenio milagroso, sin un siglo de más ni de menos, podría comenzar no en el 2000, sino en el 2033, aniversario de la pasión de Cristo.

Según nuestro cofrade Le Roy Ladurie, el único contemporáneo del primer milenio que hace referencia al temor acerca del fin del mundo ha sido Abbón, abate de Saint Benoit de Fleury, que fuera un religioso cultísimo y que dejó un valioso testimonio de la época. Este recuerda que en su juventud, hacia el año 975, se anunciaba que el Anticristo haría su aparición en el año 1000, lo que encontraba grotesco. Efectivamente, la población de aquel primer milenio de la era cristiana era en un 98% analfabeta, integrada por campesinos crédulos y que ignoraban la existencia del calendario. Vivían el tiempo -dice Le Roy Ladurie- como nuestros contemporáneos contemplan el vino: no se interesan por el año de la cosecha o el envase, salvo en el caso de los degustadores expertos. De ahí, concluye aquel, que el temor al Apocalipsis sólo habría cundido en una pequeña minoría de monjes y eclesiásticos cultivados. Ninguna referencia

en más de 150 bulas pontificias promulgadas entre 970 y el año 1000, corrobora su tesis.

Empero, Focillon replica que, fuera del mundo de los clérigos, o sea el de los que leen, la cultura de la Edad Media es una “cultura visual” ya que la fe se propaga a las multitudes por los ojos. Las grandes escenas apocalípticas pintadas en los muros de las iglesias en el siglo XI o esculpidas en las piedras de las basílicas o en nobles maderas modeladas predicen el drama de los días postreros. En los últimos años del siglo X, la doctrina de la noche del mundo, más que el milenarismo, es recogida en los sermones, en el rumor popular y en las canciones de los juglares.

Según Focillon, es el monje Raoul Glaber, cronista y testigo del primer milenio, quien sigue siendo la mejor fuente de información de esa época extraña y remota que giró alrededor del año 1000. Dejó a la posteridad los 5 libros de su *Histoire*, escrita en Cluny desde el 1030 al 1035.

A lo largo de su deambular de abadía en abadía, tuvo el privilegio de conocer el año mil en vivo y no por los textos. Su definición del año 1000 como final del milenio no mereció crítica alguna, ¿no será -se pregunta Focillon- que el año 1000 se interpretó como un número simbólico? El cronista del primer milenio -agrega aquel- “no era un místico devorado por los fervores del claustro”, sino “un borgoñón sólido y duro” con los pies en la tierra. Sin embargo, Glaber vive con el temor del milenio; para él el año 1000 no es el año 999 más uno, no es una fecha indiferente, sino el milenio “donde Satanás será desencadenado”. También él atestigua que, para entonces, de todas partes del mundo, agobiados peregrinos acudían al sepulcro del Redentor en Jerusalén, en mayores cantidades de lo que nadie creyera posible.

El historiador Georges Duby, miembro de la Academia Francesa y erudito representante de la “Escuela de los Anales” de Marc Bloch y Lucien Febvre, que abrió camino a la nueva historia, en su fascinante libro titulado *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*, sostiene que los temores medievales han llegado a nuestros días alimentando los miedos contemporáneos. Para confrontar las angustias del hombre medieval con las del hombre contemporáneo, hace falta situarnos bajo la piel de hombres de hace diez siglos: nadie duda de la existencia de otro mundo, más allá del visible, en el que los muertos siguen viviendo.

Duby distingue la huella de cinco inquietudes paralelas en el tiempo:

1. El miedo a la miseria: con el temor al hambre y al futuro vive el hombre del año mil; mal nutrido y penando por extraer el pan del suelo con herramientas irrisorias. Empero la fraternidad y la solidaridad aseguran su supervivencia. En cambio, la pobreza condena hoy, al que carece de techo, a la soledad y a refugiarse en una estación de trenes o en una olvidada callejuela o en un escondido zaguán. El individualismo ha extirpado la solidaridad: si de ésta se habla hoy es pensando en defensa propia o sea en la solidaridad de los otros para conmigo.
2. El miedo al otro: el hombre medieval teme sobre todo al pagano, al musulmán y al judío, infieles que debe combatir o destruir. Cuando hoy se piensa en el miedo al otro, se está pensando en la competencia vecina, en una inmigración masiva creando xenofobias o en una intelectualidad sesgada de la identidad cultural nativa.
3. El miedo a las epidemias: el peor de los azotes era la llamada Peste Negra, enfermedad que comprendía la temida bubónica,

y que alcanzó a dos generaciones de europeos. En nuestros días, una nueva plaga se propagó por el mundo: el sida, cuyo origen se atribuye a las comunidades homosexuales y de drogadictos. Al igual que antaño, se hizo carne la idea de que el cielo está castigando al pecador.

4. El miedo a la violencia: la gran inseguridad del año mil estaba ocasionada por las guerras y, a falta de ellas, por las bandas que azotaban los caminos. Hoy la violencia sigue en las guerras, cada vez más crueles, y en las grandes ciudades. Como hace mil años, se repiten los sitios cerrados: pegados a las iglesias ayer, en los countries y barrios cercados hoy.
5. El miedo al más allá: el hombre del primer milenio más que a la muerte temía al juicio, al castigo del más allá y los tormentos del infierno, aunque confiaba en la eternidad. El hombre contemporáneo al perder el sentimiento religioso ha convertido la muerte en una prueba temible. Su materialismo desalojó a la solidaridad y hasta el ritual de los dolientes cedió ante la prisa de los allegados para liberarse de los restos del difunto. Más allá de la muerte la nada. El primero como el segundo milenio marcan la alquimia de tres grandes enigmas: Dios, la muerte y el tiempo. En el gran pórtico del nuevo milenio hay un pensamiento desacralizado que trasmuta aquellos tres enigmas: la ciencia; ésta asume el poder y se convierte en el centro de un universo en expansión. El tiempo y la muerte ya no son los mismos.

Creo que el miedo está siempre presente en la vida del hombre, por más racional que éste sea; quizás el primitivo temía más a la naturaleza y el actual a la sociedad.

El año dos mil y el Apocalipsis

Al llegar al 2000 el Apocalipsis se manifiesta en formas extremas. Para algunos -como en la exposición en el Centro

Pompidou de 1986- es el Apocalipsis Feliz, traducido con fulgores modernos en la literatura, en la plástica y en el psicoanálisis. Para otros, el Apocalipsis Digital se dará en el desborde de las computadoras y de los chips que en vez de avanzar al 2000, retrocederán al 1900, provocando un catastrófico apagón. Sin embargo... estamos ciertos de que el sistema informático volverá a resucitar. Para los demás, el desvío dramático de la ciencia del curso de la ley natural así como los engendros de la tecnología conducen al Apocalipsis Tecnológico, o sea el de la contracreación, el del aniquilamiento nuclear, el de los rayos mortíferos, el de la clonación y la paralización de la vida embrionaria. En otras palabras, lo que nuestro académico Obiglio llamó en su discurso de incorporación “ciencia sin conciencia”.

Curiosamente, al borde el año 2000, Giovanni Sartori retoma la posta de la discusión del año 1000 sobre la difusión de las ideas apocalípticas siguiendo el razonamiento de Focillon. Para aquel politólogo, estamos saliendo del mundo de las “cosas leídas” para entrar en el mundo de las “cosas vistas”. Según aquel, la televisión “hace ver” una revolución que está a miles de leguas de todas las demás revoluciones.

Cometas y meteoritos cuyas órbitas cruzan la de la tierra pueden hacer un trágico impacto sobre esta. Precisamente han sido dos películas de Hollywood -Armagedón e Impacto Profundo- mostrando un mundo destruido por ese fenómeno, las que han provocado a los científicos a investigar, a rastrear los recorridos de tales meteoritos y prevenir. En la investigación astrofísica se vive una obsesión: encontrar testimonios de vida fuera de nuestro globo terráqueo. Pensamos ya interplanetariamente.

En el mundo actual signado por el individualismo y el descreimiento, el gran Jubileo busca rescatar la solidaridad y

redescubrir la fraternidad. De este modo el Apocalipsis bíblico sigue siendo tema recurrente pero no ya con el antiguo alcance. Lo que la Iglesia aspira es a que concluya un mundo de injusticia, mentira y violencia, para dar paso a un mundo de felicidad para todos sus hijos.

La prospectiva del nuevo milenio

Llegamos, por fin, al último punto: el de la prospectiva del nuevo milenio. Sustentar el anticipado conocimiento de hechos futuros es una empresa intelectual de difícil acierto. Sustentar una prognosis del nuevo milenio suena a utopía, ya que el milenio traduce una dimensión tal del tiempo que hace inaccesible todo vaticinio. Es así que el prestigioso científico tullido de Cambridge, Stephen W. Hawking en su *Historia del Tiempo*, sostiene que el principio de incertidumbre frena la predicción de todo comportamiento humano.

No han opinado igual escritores inclinados a las especulaciones científicas dentro del ensayo literario. Tal es el caso del escritor polaco Stanislav Lem (1921-), para quien reflexionar sobre la posibilidad de entender tanto el racionalismo extraplanetario como el de las criaturas cibernéticas, implica desarrollar un capítulo de la metafísica (*Lem, el orden y el azar*, Pablo Capana, El País Cultural, Uruguay, 1992). Nuestro propio Borges, en *El Golem* relata la creación de un homúnculo por un rabino en Praga.

Argumenta el académico Le Roy Ladurie que una obra prospectivista fue la de Raymond Aron, *Les dernières années du siècle*, que pese a su objetividad fracasó totalmente en sus arriesgados vaticinios. Empero, una lúcida fórmula se salva de la crítica: “paz imposible, guerra improbable”, predicción cumplida ya que si bien la paz no se ha instalado en el crepúsculo del viejo milenio, la temida Tercera Guerra Mundial no tuvo lugar.

Nuestro colega académico, Natalio Botana, buen conocedor de las controvertidas prospectivas formuladas por su inspirador intelectual, Raymond Aron, toma la cautela como regla de oro para pronosticar qué democracia regirá en la Argentina del Tercer Milenio: “Hasta el 2010 no habrá golpe de Estado”. Igual actitud traduce nuestro académico Félix Luna, cuando penetrando en el futuro lo hace, ya con un ojo en el calendario: “en el 2010 habrá festejos por el Segundo Centenario”, ya con el sentido común del que conoce la eterna insatisfacción de la gente: “en el 2040 no viviremos en el mejor de los mundos” (*Argentina en el Tercer Milenio*, Ed. Atlántida).

Por mi parte, recordando una astuta frase incluida por el gran pensador francés en su polémico libro: “mi edad me protege de ser desmentido mientras viva”, elijo igual escudo para incursionar en la lógica de lo imprevisible.

El año 2000 marca la transición entre el segundo y el tercer milenio. Si queremos enfocar el tercer milenio como objeto de nuestra prospectiva nos inclinamos a vaticinar un milenio milagroso donde el hombre, al descifrar el libro de instrucciones que gobierna los intercambios bioquímicos y guía las terapias genéticas, es llamado a derrotar enfermedades y a prolongar la vida humana, alcanzando a rondar la eternidad, en el distante 3000.

Jeremy Rifkin, en su best seller *El siglo de la biotecnología*, afirma que ya en el comienzo del próximo siglo se verá una remodelación de la vida humana y del futuro de la civilización, una sociedad eugenésica donde los seres nacerán con rasgos físicos, conducta e inteligencia programada. Admite, sin embargo, que la humanidad pagará caro por este progreso. ¿Apocalipsis, entonces?

El nuevo milenio encuentra al hombre gozando de un

milagro sólo reservado a Dios: el de estar al mismo tiempo en todas partes. Esta “abolición de la distancia” que nos permite contemplar el universo en un solo instante es -según lo desarrolla nuestro académico Víctor Massuh en su libro *Una civilización a la deriva*- un fenómeno tecnológico que creó una realidad virtual. Pero como dice nuestro colega, también esta concepción de la globalización tiene una versión angélica y una versión satánica: arraigo o desarraigo. Me pregunto: ¿terráquea o cósmica, a fin del tercer milenio?

Ahora ensayemos cambiar la perspectiva, volcando el primer bimilenio hacia el tercer milenio. Si queremos enfocar el tercer milenio como sujeto de una retrospectiva sobre el año 2000, cabe formular la pregunta en estos términos: ¿cómo nos evocarán los seres que habitarán el cosmos a fines del tercer milenio? Ciertamente encontrarán que nuestras actuales penurias eran realmente arcaicas y pensarán en qué lejos estaban las expectativas de los pueblos del año 2000 de lo que realmente iba a vivir la civilización mil años después.

Se me ocurre que si buscan un cronista y testigo del segundo milenio -tal cual lo hizo Henry Focillon con el monje Glaber para el primer milenio- y si se inclinan por algún diletante de raigambre porteña, pleno de escepticismo y poseedor de un decir coloquial, leerán estas estrofas escritas en 1935:

Que el mundo fue y será una porquería
ya lo sé
en el quinientos seis
y en el dos mil también

Siglo veinte, cambalache
... ..
allá en el horno nos vamos a encontrar

Y si para entonces -es decir para fines del tercer milenio- se accede a la obra de otro testigo contemporáneo del año 2000, el sociólogo francés Alain Touraine, sorprendentemente se tendrá igual parecer: “El mundo occidental, pero especialmente Europa, en el siglo XX, fue una verdadera mugre. Fue el siglo de los totalitarismos y de los campos de concentración. Fue el siglo de la destrucción en masa” (*Pasaje entre dos Mundos*, 1997). Como se aprecia, aquí se ensamblan la visión popular y la versión erudita en una coincidente respuesta.

Queridos amigos:

Demasiado tema para tan poco espacio. Dejo la inquietud para que cada uno lo analice en su propia concepción vital.

Mientras tanto y ante la inminencia del nuevo año, del nuevo siglo y el nuevo milenio, hago votos por los aciertos de nuestra Academia y por la salud de sus miembros.